

E

L 20 de diciembre de 1973 mi mujer Ton—Asunción Carandell, la hermana de un compañero mío de colegio llamado Luis Carandell que

con el tiempo se dedicó a enamorarse a las muchachas a base de su barba y sus bigotes en los telediarios de fin de semana— y mi hija Julia cruzamos la frontera de La Junquera a eso de las 7,30 de la mañana pues queríamos ir a pasar las Navidades en casa de nuestro amigo Paco Ibáñez en París.

En aquella época, los pasos por la frontera tenían todavía un cierto aire de inseguridad, pues no sabías nunca si te iban a devolver a tu casa, si te iban a dejar esperando allí o, pura y simplemente, a decirte que no salías.

Pero esa vez las cosas fueron mucho más fáciles. Antes de las nueve de la mañana ya estábamos en Perpignan desayunando y con unas ganas enormes de seguir hasta Montpellier para enfocar hacia París.

No recuerdo exactamente la hora, pero serían entre las 11,30 y la una cuando Radio Nacional empezó a emitir un boletín según el cual había habido un terrible atentado en el centro de Madrid. Parecía que los responsables eran los terroristas de ETA, pero no se sabía contra quién ni qué víctimas habían resultado del tal atentado. Mi mujer empezó a cambiar la sintonía de la radio del coche: las emisoras francesas e italianas eran mucho más explícitas. Al parecer un alto cargo del Gobierno de Franco había sido dinamitado en el centro de Madrid y la zona estaba completamente acordonada. Las entradas y salidas de Madrid y las fronteras estaban cerradas. Ante una noticia como ésta lo primero que se nos ocurrió a todos antes de entrar en la autopista de París fue parar en un *bistrot*, mojarnos la cara y escuchar despacio las noticias que se iban recibiendo desde España. Sobre la una y media o dos supimos que el que había pasado a mejor vida en un vuelo increíble había sido el almirante Carrero Blanco, cuyo coche había sido proyectado a los cielos poco después de salir de la misa diaria a la que acudía. Carrero Blanco era almi-

Aquel día

José Agustín Goytisolo

Goy P/1907



Belén Franco

rante desde 1966 y fue nombrado pocos meses antes de su vuelo hacia las alturas, es decir en junio del 73, presidente del Gobierno por un período de cinco años, todo según acuerdo de la ley orgánica del Estado del mismo año 73. Bueno, lo que ocurrió fue que nuestro viaje a París se demoró más de lo normal pues ni mi mujer ni mi hija ni yo mismo estábamos lo suficientemente tranquilos para haber llegado como creíamos a París antes de las siete de la tarde.

Eran las 10,30 cuando entramos en la Coupole, en el barrio Montparnasse, es decir en el barrio de los refugiados españoles, en el que estaban todos mis amigos. La llegada fue algo escandalosa, pues quién sabría por qué razones los que allí estaban.

Pero para los compatriotas míos de aquella época, y quizá para los de ahora, puede parecer absurdo el que yo les dijera que no sabía nada, que estaba en la carretera y que lo que quería era que ellos me explicasen lo que sabían de todo este asunto. Total, la aglomeración fue masiva, las preguntas repetidas machaconamente; mi mujer nerviosa, yo también y mi hija que se sintió mal y se desmayó.

Lo demás, normal: dormir en un hotel en el que hubo que habilitar una cama en la habitación de mi mujer y mía pues Julia mi hija, que en esa época tenía sólo quince años, se negó a dormir sola en una habitación.

Aparte de estos incidentes la Navidad fue preciosa. La Amá, la madre de Paco, organizó en su casa de Aubervilliers, una ciudad dormitorio a las afueras de París, la fiesta de Navidad más hermosa que recuerdo desde antes de la guerra civil. En esa casa de gente que era mucho más pobre que nosotros, no faltó nada: hubo pavo, besugo, turrones, champaña, todo, todo, todo. No se festejó la muerte del almirante sino la vida de los que estábamos allí. Fue una fiesta de gente libre, ciudadanos de un país que todavía no era libre pero que ya notaba el olor de la libertad. Nunca podré olvidar esa Navidad en Aubervilliers con tanta gente buena, con tan poco odio, con tan grande amor.